

## Gabriela, cómo te recuerdo!

(Notas para los biógrafos de su alma.)

Colaboración de *Pedro Juan LABARTHE*

Oh Señor que estás en los cielos, si alguna vez he ido a Ti a pedirte un gran favor, es ahora, cuando espero me des dulzura en el decir y me aclares el entendimiento, pues quiero hablar de un arcángel, de Gabriela Mistral. Sé Señor, que ella ahora está muy cerquita de ti, pues tu palabra la hiciste aliento en su aliento y tu amor a los niños ella lo desparramó generosamente.

He rodado mucho por la cáscara de la tierra. Me he estrujado con muchas almas, pero jamás encontré ser más luminosamente bondadoso, bueno bueno como Gabriela. ¡Cuánta humildad!

Cada uno que tuvo el privilegio de conocerla corazón adentro y no ropa afuera podría escribir sobre ella y de distinta manera. Sería fácil y difícil. Había misterio divino en ella como el de la Santísima Trinidad. Cada cual la interpretará de distinta manera y se escribirán muchas vidas como sobre Cristo se han escrito. Yo escribo como la sentí y la oí y tal vez mi sentir y oír estén sin filos. Que estas notas mías sean útiles para los muchos biógrafos y serán muchos y ya lo son pues es manantial dulce de inmortalidad.

Olvidemos el año 1889. Olvidemos la geografía y cuna de nacimiento. Gabriela es de todas partes como una ciencia. La ciencia del amor humano. Amor franciscano. Meollo amoroso. Cáliz y Sacramento. Unción.

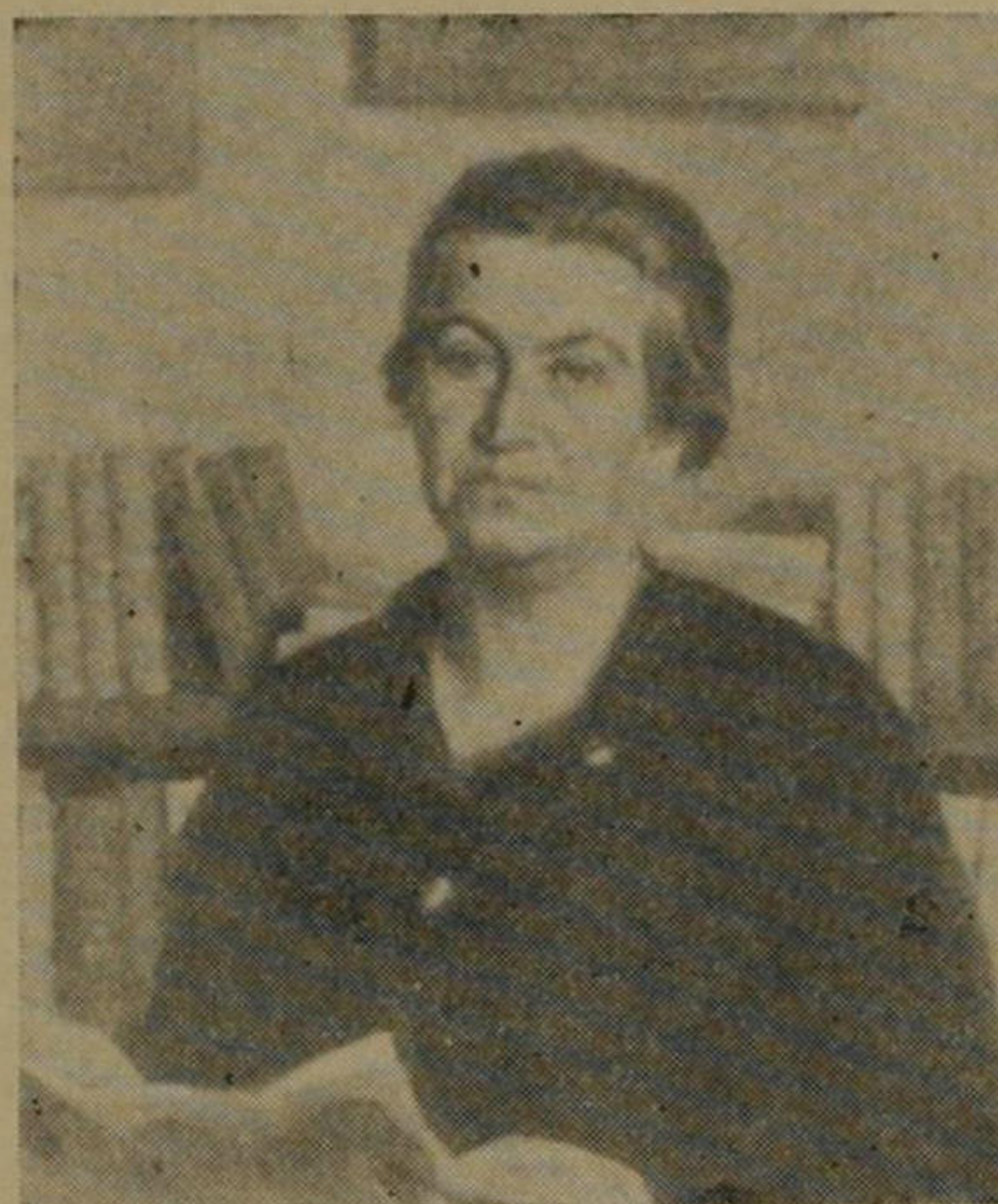
Podrían escribir sobre ella aquellos que se acercaron a ella con amor: Palmita Guillén, José Vasconcelos, Federico de Onís, Concha Conde, Pablo Neruda, Margot Arce, Luis Delano, Victoria Kent, Consuelo Salivia y Doris Dana. También el indio chileno, el indio mexicano, el jíbaro puertorriqueño, el roto peruano. También la tierra, el aceite, el pan, el mar, la palma, el barro, el cardo, el pez, el trigo, el maíz y el roble.

¡Cómo quería ella ser polvo, barro y pétalo y todo para continuar siendo útil al nido del ave, al niño y a la maestra! Ser ánfora para calmar la sed de todos.

Señor, ténme los ojos bien abiertos y los oídos. La veo, la escucho y la siento.

Primer encuentro:

Antes de besar su ruedo de su largo sayal de Maestra Rural en la Universi-



*Gabriela Mistral*

(Por *López Mezquita*)

dad de Columbia, ya el maestro bendito, Federico de Onís, nos había hablado de la compañera maestra. Sabíamos de sus "Sonetos a la Muerte", de su evangélica labor de educadora en Chile y en México. Sabíamos de su cooperación con Madame Curie Henri Bergson en la Liga de las Naciones en Ginebra. Todo eso ya lo sabíamos. Pero esas eran notas secas para las biografías de enciclopedias. De Onís nos leía con amor y ternura sus poemas y así despertó en nosotros el deseo vehemente de acercarnos a la "buena mujer".

Nos matriculamos en sus clases de literatura hispanoamericana y fue el divino chispazo de conocimiento. Su cariño de hermana hacia Amado Nervo y su idolatría por Rubén Darío. Hablaba de su deuda con Andrés Bello, Sarmiento y de Hostos. Dejaba de discutir a los maestros y empezaba a filosofar en la misma clase sobre temas ajenos al curso y era entonces cuando era fogata, lumbre. Por Dios, Señor, que la veo como a tu HIJO, predicando. No, predicando no, haciéndonos conscientes de la vida. Y así, esas clases eran sus poemas más poemas, más vivos. Y era fuente, raudal y Monte Olivo.

Era toda miel cuando hablaba de José Martí. Empezamos a amar a México en ella. Su Alfonso Reyes, su Carlos Pellicer, su José de J. Núñez y Domínguez, su López y Fuente y así en

caravana con Azuela, Guzmán, Monterde, Jiménez Rueda, Castro Leal. ¡Qué hermana generosa con Juana, Delmira y Alfonsina! ¿Con los ya reconocidos? Oh no. Ella buscaba a los jóvenes y hacía juicios a Concha Conde, a Margot Arce, a Octavio Paz, a Carmen Alicia Caddilla, a Jorge Mañach, a Juan Marinello.

Sus clases no terminaban en las aulas. Nos invitaba a su apartamento en el Colegio Barnard y allí seguían las charlas informalmente. Se iban todos y el pobre jíbarito de Puerto Rico, hambriento de luces se quedaba para prepararle su mate y a pasarle a maquinilla sus últimos poemas. Así y por virtud del cariño, nos hicimos su secretario con el sueldo de su voz, de su cariño, de sus enseñanzas.

Terminamos por comprar su pan y su leche y por pagar cuentas. De todas partes llegaban cartas, invitaciones, versos y manuscritos. Gabriela era un roble que velaba y daba sombras las veinticuatro horas del día. Unas pocas horas de descanso para sus cansados ojos y seguía como reventona granada dándose a ayudar a la humanidad. El mundo para ella era primero. Ella era tercera.

Leía cada cartita o carta, cada poema o verso y con esa generosidad tan virtud entre los grandes, jamás dejaba de contestar una nota, ni de animar a un botoncito de rosa que la miraba como a un milagro de Jesús.

Se ponía ella en el lugar de aquél que le escribía y esperaba una respuesta. La cortesía nació con Gabriela así con Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos, que recordemos en este instante.

Muchos venían a visitarla de la colonia hispanoamericana en Nueva York. Era un ídolo y nadie para aquella época pensó que sería el primer Premio Nobel en literatura de Hispano América. Pero era la corona invisible que todos ya veían de laureles inmortales sobre sus sienes. Así la vió Federico de Onís cuando la trajo a la Universidad de Columbia.

Allí en donde ella veía la necesidad iba con la ayuda. Aprendimos en ella a llenar el favor antes de que se perdiera. Tenía intuición de sibilina y adivinaba. Fue poeta y los griegos dicen que los poetas somos adivinos.